



*Dedicado a Juan Palma Robles, cuyo libro sobre el Colegio me trajo tantos recuerdos, que los quiero expresar aquí como entrevistas confusamente entre las nieblas de la memoria.*

Estaban Viriato e Isabel la Católica, Churruca y Gravina, El Cid Campeador, el dos de Mayo y José Antonio, el hermano Marcelino Champagnaq y Franco, Franco, Franco. El mártir de Barruelo y San Bernardo con su salve y su rosario, asomados desde una viñeta del libro piadoso. Y

después del Tantum Ergo y el Pange Lingua, el cine, y la mano del marista tapando besos, pero dejando ver indios muertos, pistolas amenazantes y guerras injustas. Flores en el mes de María, amenazas de condenación (mira que te mira Dios). Nuestra patria está en el cielo y más se alegra por un pecador (mira que te has de morir) que por cien justos. Niños somos de la Santa Infancia, prietas las filas, caminando hacia Dios por Él por la Patria y el Rey, soy valiente y leal legionario, que así murieron nuestros padres en las montañas nevadas impasible el alemán (¿Quién sería ese alemán?...mira que no sabes cuando...). Año Santo Mariano, con dibujos de inmaculadas, florilegios y jaculatorias (y si mi amor te olvidare, Tú no te olvides...de mí).

Había probetas, pipetas y buretas, planos inclinados, poleas, polipastos, ratones medio asfixiados en cloro, turbinas de electrones, efecto de las puntas, el famoso clorato a punto de explotar (por un simple pelo), el hidrógeno haciendo burbujitas y buscando oxígeno para organizar un sonoro matrimonio, el esqueleto, el musculoso despellejado junto al búho y el águila imperial (por el Imperio hacia Dios). El microscopio, objeto de deseo y préstamo fugaz en versión reducida. Euclides se asomaba con sus postulados de mano de los polinomios, mientras el tronco de cono lucía su más elegante fórmula (no confundir con el tronco de prisma). Un hermano con sus sorprendentes puntos paralelos y don Francisco Muñoz aterrizando a los pusilánimes con sus integrales. Los husos esféricos nos dividían el mundo en horas, las

naciones en colorines y los ejércitos en batallas, ¡al pobre mundo!, unido para siempre con el demonio y la carne en extraña sociedad de dispares.

Y ríos, cabos, océanos, golfos, islas, montes y pueblos:

“Córdoba, Cabra, Lucena,  
Pozoblanco, Montalbán,  
Montilla, Luque y Baena,  
Puente Genil y Aguilar”

El portero Rafael recordaba a mi abuelo torero y cómo mataba cogiendo al toro por un cuerno. El otro Rafael (el hermano administrador) nos cobraba puntualmente las mensualidades, mientras Benito servía guisos de olores inquietantes y el hermano Terencio cuidaba flores como a hijas y nos dejaba leer pluviómetros y barómetros en la minúscula estación meteorológica. El “Paniagua” nos ponía firmes, Pepito “el místico” nos hablaba de sexo de forma inesperada y explícita, mientras don Manuel recitaba declinaciones latinas y griegas con una voz que se oía en la Plaza Nueva. El capellán nos confesaba siempre los mismos pecados, con cierta cara de aburrimiento, y un militar algo bebido trazaba curvas en la instrucción preparatoria de la conquista de Gibraltar. Los hermanos navarricos jugaban al frontón, enseñando al saltar sus misteriosos pantalones siempre tapados por las sotanas.

Siempre estábamos en lucha o competición: con el émulo, con los cartagineses si eras romano, o contra César si pertenecías a Asdrúbal, con toda la clase para ser el número uno, con los buenos para obtener el cuadro de

honor, con los malos para que no abusaran de ti, con el demonio, el mundo y la carne, con el pecado mortal (¿Cuándo un venial se convierte en mortal? ¿qué es la parvedad de materia? ¿has consentido en el pensamiento?), con el compañero anterior en el corro, con el posterior, con el que defiende el puesto, con el que te lo quiere quitar. Y así hasta llegar a tu casa vencedor o vencido, y descansar con una buena merienda de pan y manteca “colorá” antes de volver a la lucha contra las tareas. Un año y otro hasta llegar al quinto curso de Bachillerato.

Los de séptimo se despedían como siempre, distintos cada año, pero nosotros no pudimos despedirnos: nos despidieron, nos cerraron el colegio, dándonos un sonoro portazo veraniego sin avisar, por intereses que sólo sabrían los adultos, pero que a nosotros no nos llegaron. Expulsados del Bachillerato por un cierre que no entendimos, tuvimos que arreglárnoslas en la Academia San Jorge con la ayuda generosa de profesionales del pueblo, con un recuerdo en el interior que lamentablemente no pudo ser de paraíso perdido, pero que al cabo de los años dejó de ser rencoroso. El tiempo lo perdona todo.